

peto, la solidaridad y la fidelidad al mensaje evangélico del amor entre los hombres y los pueblos.

Y más en concreto trata de poner como ejemplo a los tres intelectuales católicos a los que hemos hecho referencia. Los tres coinciden en una sensibilidad a los valores en juego teniendo presentes las crisis habidas en nuestro siglo (económica como la del 29; políticas, con el advenimiento de los totalitarismos; moral, con la secularidad) y la necesidad de ofertar soluciones en pro de un mundo futuro mejor. Para ellos el mundo aparec sumergido en una «crisis de civilización», una crisis que a veces se atreven a denominarla «filosófica» o «un signo de desolación metafísica» (Mounier).

Nos pintan un panorama mundial, pero sobre todo europeo, capitalista en su estructura, liberal en ideología, burgués en ética. Ya para salir de él estos insignes intelectuales coinciden también en la solución: es necesario construir un «personalismo» que habrá de traducirse en lo siguiente: primacía de la persona, estructura socio-política pluralista y descentralizada, educación correcta, búsqueda de un orden internacional justo. La paz, dicen, es algo más que la ausencia de guerras: es una cuestión moral, política, social y económica.

leyendo el libro podemos darnos cuenta de la actualidad que tienen unas ideas expuestas a principios de siglo o a su mitad. Es curioso observar la importancia que los tres dan al «problema alemán» (tan de actualidad en estos momentos) y la firme convicción que tienen de que frente a la agresividad humana, que el mundo moderno padece, hay que intentar una conversión ético-religiosa de la sociedad si de verdad queremos cambiar el universo en favor de la paz.

Recoge la obra seis ponencias, cuatro comunicaciones y una serie de documentos finales. Denominador común, el estudio de la paz, sus posibilidades y la necesidad de su defensa. Diría que una reposada lectura de las muchas páginas que recogen los trabajos conducen a una conclusión principal: ha terminado la era de las guerras y comienza el ingente esfuerzo de «educar para la paz». Esta es la meta a perseguir. ¿Se podrá dar tal paso rápidamente o sin traumas? En alguna parte del libro se pueden encontrar ciertas reticencias: una cosa es tratar de lograr la paz y otra diferente es renunciar a toda forma de defensa; la no violencia radical y absoluta es, quiérase o no, una utopía, y, consiguientemente, el pacifismo a ultranza tampoco es defendible.

Como puede apreciarse, sí a la paz; necesidad perentoria de la paz, pero matizaciones a tener en cuenta en la práctica. El tema sigue en pie, y ciertamente lo que sí puede decirse es que cualquier manifestación en pro de un mundo mejor ha de ser aceptada. El encuentro celebrado en Italia, del que se hace eco la obra que comentamos, es un ejemplo. La publicación de cuanto allí se expuso creo que también es algo positivo que debemos reconocer.

LUIS PORTERO SÁNCHEZ.

HOGAN, MICHAEL: *The sectarian strand. Religion in Australian History*, Penguin Books, Ringwood, 1987, 316 págs.

El autor, profesor de la Universidad de Sidney y profesor visitante en la Universidad Autónoma de Madrid durante el curso 1988, examina en el libro que comentamos las relaciones entre la religión y la cultura, la política e, incluso, la economía en la historia de Australia.

Conviene tener en cuenta que Australia es un país de marcado pluralismo religioso en el que las rivalidades políticas han asumido en numerosas ocasiones la apariencia de una confrontación religiosa.

En el capítulo primero, dedicado al examen de la «Australia convicta», el autor señala cómo los comienzos de la colonización británica en Australia tuvieron, a diferencia de otras aventuras coloniales, una escasa motivación religiosa.

Esto no significa que no existiera un contexto religioso. En efecto, no hay que olvidar que Gran Bretaña era un Estado confesional. Y, de hecho, en el plan de colonización presentado al Gobierno británico en 1786 se mencionaba a un capellán como integrante de la administración de la colonia. Las necesidades prioritarias eran, sin embargo, las del mantenimiento del orden público entre una población de convictos más que las de difusión de la religión.

Si los administradores de la nueva colonia no estaban especialmente interesados en los asuntos religiosos no puede decirse lo mismo de los representantes eclesiásticos. Y así, la «Sociedad para la Propagación del Evangelio» envió un capellán para atender a la población de la colonia.

Estos primeros pastores protestantes desempeñaron el doble papel de capellanes y jueces civiles. Debido a ello se creó una simbiosis entre la autoridad religiosa y la civil en la que la primera asumía el papel de juez y guardián de la moral, mientras que la segunda le prestaba su ayuda en el desempeño de sus tareas religiosas.

Debido a esta situación, y a diferencia de lo que sucedió en las colonias norteamericanas, los orígenes de Australia, como señala el autor, se enraízan con esta subordinación de la Iglesia al Estado, faltando en este país una fuerte tradición de separación.

La población de la colonia, formada en los primeros años mayoritariamente por convictos, era irreligiosa. Posteriormente, con la llegada de los nuevos colonos, se fue creando una clase social identificada con los valores de la religión. Y así, entre 1820 y 1830, cabe hablar de una división social entre una clase media religiosa y una clase trabajadora no religiosa. Esta división entre religión e irreligión, existente en los primeros momentos de la colonia, tendría unas consecuencias importantes en la vida política australiana, ya que fue uno de los aspectos que más influyeron en la formación del sistema de partidos a finales del siglo XIX.

Dentro de los convictos, una minoría, que después se incrementaría hasta alcanzar el 25 por 100 de la población, estaba constituida por irlandeses, católicos en su mayoría. Su situación en los primeros años fue difícil, constituyendo un grupo social discriminado en materia religiosa. Frente a la sociedad anglicana, que dominaba la política, los católicos constituían un grupo de presión bien organizado. La rivalidad religiosa entre católicos y protestantes, que aparecerá claramente a mediados del siglo XIX, tiene sus raíces en estos primeros años de la colonia.

Finalmente, el autor pone de manifiesto que, durante los primeros años de la colonia, la rivalidad religiosa estaba íntimamente unida con una división étnica y de clases. En este período puede hablarse de un grupo católico-irlandés con una reputación de inculco y sedicioso frente a otro presbiteriano de características contrarias. Esta identificación entre elementos étnicos y sociales con los religiosos no es privativa de este período de la historia de Australia, pero tiene sus raíces en él.

El capítulo segundo se titula «El dominio anglicano». En él, el autor examina la relación entre las distintas confesiones religiosas, sobre todo en relación con el tema de la ayuda económica estatal.

Durante los primeros treinta años de la colonización británica, la administración consideraba como una premisa indiscutible el mantenimiento de la supremacía de la Iglesia anglicana, la cual se instauró en Australia, en Nueva Gales del Sur, como una Iglesia financiada por el Estado.

A principios del siglo XIX el Gobierno comenzó a subvencionar también a los capellanes católicos, lo cual hizo que las autoridades de otras Iglesias (metodista, presbiteriana) solicitaran el mismo trato.

La Church Act de 1836 reguló el mantenimiento del clero por el Estado y esta-

bleció la igualdad ante la Ley para las principales Iglesias al mismo tiempo que garantizó una cierta igualdad entre las mismas respecto de la financiación estatal.

Esta disposición legal no dejaba de ser una solución curiosa en una época en la que, como acertadamente dice el autor, las ideas liberales y la Revolución norteamericana proclamaban el principio de separación entre la Iglesia y el Estado. De hecho, poco después, la Church Act sería modificada, pero ello no supondría la abolición del principio de igualdad ante la Ley.

A diferencia de Nueva Gales del Sur, a colonia de Australia del Sur estaba formada por personas de distintos grupos religiosos (disidentes, inconformistas y recurrentes) que mantenían el criterio de que las confesiones religiosas debían mantenerse por sí mismas y rechazaban, por tanto, la ayuda económica estatal. Dicho criterio, sin embargo, no prevaleció, puesto que, cuando el Gobierno nombró a un capellán anglicano para la nueva colonia con un salario oficial, varios de estos grupos religiosos contribuyeron económicamente para su mantenimiento. Con un criterio pragmático, prefirieron tener un capellán financiado de una forma que no era la ideal a no tener ninguno. Y, de hecho, cuando en 1836 se inauguró la colonia, los colonos proclamaron su alianza con la Corona y prestaron el juramento de aceptar la supremacía anglicana tal y como se había hecho en Nueva Gales del Sur cincuenta años antes.

En 1846 se aprobó una ordenanza que otorgaba subvenciones a todas las Iglesias cristianas y también a la religión judía. Así, pues, la situación de las dos colonias, cuyos inicios habían sido muy distintos, era muy similar hacia 1840. En ambas existía ayuda económica estatal para el clero y para el mantenimiento de los edificios eclesiásticos.

La ayuda económica estatal a la religión provocó una reacción anticlerical. Este anticlericalismo apareció unido a un radicalismo político que iba dirigido contra el régimen establecido, tanto en sus aspectos políticos y sociales como religiosos.

En el capítulo tercero, titulado «Un enjambre de Iglesias», el autor aborda en primer lugar el tema de la enseñanza confesional.

Desde los primeros momentos el Estado había ayudado económicamente a las escuelas confesionales mediante distintos métodos: pago de capellanes, ayudas para la construcción de edificios, etc. Tras de ensayar diversos sistemas (el National System, en 1820; el Irish National System, en 1831, etc.), que provocaron la protesta de unas u otras Iglesias, en 1848 las escuelas confesionales fueron puestas bajo el control del «Denominational Schools Board».

La segunda de las cuestiones examinadas en este capítulo es la de la financiación del clero.

La ayuda estatal a las distintas Iglesias fue, desde sus comienzos, una cuestión polémica. Dicha ayuda provocó un gran número de disputas no sólo entre las distintas Iglesias, sino dentro del seno de cada una de ellas, entre los defensores y los adversarios de la financiación. Por otro lado, este tipo de controversias se extendió también al campo político, en el que numerosos portavoces liberales criticaban el hecho de que el Estado se viese envuelto en los temas religiosos. De forma que, cuando a mediados del siglo XIX se suprimió la ayuda económica estatal para el clero no se ocasionó ninguna controversia política importante. Es más, dicha supresión removió una significativa fuente de disputas entre las distintas Iglesias.

La tercera y, a nuestro juicio, la más interesante de las cuestiones planteadas en el capítulo que estamos examinando es la referente al traslado de la Cuestión Irlandesa desde Gran Bretaña a Australia.

Hacia 1850 el incremento de la emigración irlandesa fue muy significativo. Esto hizo temer a los líderes protestantes que el futuro de Australia pudiese estar determinado por una mayoría irlandesa obediente a un poder extranjero: el Papa. Como consecuencia de esta situación se produjeron conflictos en las elecciones para algunos

cargos públicos entre el candidato católico y el protestante, y surgió una polarización de la sociedad en dos bandos: el católico y el protestante.

Esta hostilidad entre ambos grupos, que se remontaba a los tiempos de la Reforma, provocó, por un lado, el incremento de organizaciones para la autodefensa, sobre todo por parte protestante (las Logias Orange). Por otro lado, hizo que se mantuviera en la sociedad australiana de mediados del siglo XIX una profunda división religiosa y étnica. Para los protestantes el temor radicaba en que la creciente población irlandesa fuese una barrera para la implantación en Australia de las instituciones sociales y políticas británicas. Para los católicos, el temor era que la ascendencia protestante significase el mantenimiento de la opresión étnica, religiosa y social que había prevalecido en Irlanda.

No obstante las rivalidades existentes entre las distintas Iglesias durante el período de 1830 a 1840, existía, sin embargo, una estrecha concordancia entre las mismas respecto de los valores considerados básicos en la nueva sociedad. Tales valores, en los que coincidían los líderes religiosos y políticos, eran la moralidad, el orden público, la productividad económica, así como la defensa del matrimonio y de la familia.

Dichos valores tenían una connotación social evidente, ya que serían los que ayudarían a mantener la hegemonía de la clase media sobre la clase obrera, que todavía no tenía una conciencia de sí misma y que sólo se afirmaría como tal hacia finales de siglo.

«La solución del problema de la enseñanza» es el título del capítulo cuarto.

En el capítulo anterior vimos que el autor ponía de manifiesto cómo el deseo de un control total de la enseñanza por parte de las Iglesias, frente a la decisión del Estado de implantar un sistema de escuelas públicas, había desembocado en el compromiso de la instauración de dos Asambleas: una para las escuelas confesionales y otra para las escuelas públicas.

Sin embargo, a partir de 1850 hubo una serie de intentos por parte de los Gobiernos de los distintos territorios (Victoria, Queensland, Nueva Gales del Sur) dirigidos a controlar la enseñanza que culminaron en la supervisión de todas las escuelas por una Asamblea gubernativa en 1862.

A partir de 1860 el punto neurálgico de la disputa sobre la enseñanza fue el de las escuelas católicas. De hecho, las escuelas de las restantes Iglesias habían ido paulatinamente disminuyendo conforme iban aumentando las escuelas públicas, ya que estaba claro que el sistema de la escuela confesional beneficiaba cada año más a los católicos.

Por otro lado, los reformistas laicos, apoyados por los protestantes, deseaban una escuela pública laica. Frente a esta postura, los obispos católicos reaccionaron condenando la escuela laica e insistiendo en la necesidad de la financiación estatal de las escuelas católicas. Esta actitud de intransigencia conduciría, finalmente, a la supresión de la ayuda económica estatal a las escuelas confesionales en favor de la enseñanza pública laica a partir de 1872.

El capítulo quinto lleva por título «Los católicos: ¿Un pueblo separado?».

La disputa sobre la enseñanza, así como la presencia de algunos católicos en la vida pública, hizo que se produjese, a mediados del siglo XIX, un fuerte movimiento anticatólico en el campo político. Ello hizo que los católicos tuvieran el deseo de constituir una minoría separada del resto de la comunidad social.

Las raíces de este prejuicio anticatólico pueden situarse, para el autor, en el temor británico a una rebelión irlandesa, en el temor protestante a una influencia del Papa y en el temor de la clase establecida a una creciente clase trabajadora carente de refinamiento.

Esta lucha política se refleja en los periódicos de la época. Sin embargo, en esta polémica hay una diferencia fundamental que es resaltada por el autor. Mientras que

la prensa protestante y algunos periódicos laicos evidenciaron un fuerte sentimiento anticatólico, la prensa católica adoptó una actitud defensiva de los intereses católicos.

El último tercio del siglo XIX fue, por tanto, un período de tiempo en el que una combinación de factores externos e internos hizo que, entre los católicos australianos se creara un renovado sentido de identidad. Sentido de identidad que les mantuvo en gran parte separados del resto de la sociedad. El instrumento más obvio de esta identidad fue la escuela, ya que la jerarquía eclesiástica prohibió a los católicos el uso de la escuela pública. Otros instrumentos de cohesión fueron las parroquias, la campaña de la jerarquía eclesiástica contra los matrimonios mixtos, así como las organizaciones sociales católicas (orfanatos, hospitales, etc.). Sin embargo, más que todos estos instrumentos, lo que más contribuyó a reforzar el sentimiento católico de ser una comunidad separada, según el autor, la movilización protestante a través de asociaciones, como la «Australian British Association» o la «Loyal Orange Institution», dirigidas a preservar el modo de vida protestante y británico.

Ciertamente, aunque los católicos australianos llevaron una vida separada en muchos aspectos, sin embargo, nunca adoptaron un modelo europeo de separatismo político católico. Así, nunca tuvieron la tentación de retirarse de la vida política, como en Italia. Ni hubo un partido político católico como en la Alemania de Bismarck.

Tampoco adoptaron el modelo norteamericano, más próximo a ellos, puesto que el separatismo político católico fue más marcado en América que en Australia. De hecho, fueron numerosas las alianzas políticas de los católicos durante el siglo XIX, los cuales adoptaron un modelo de pluralismo político.

En este sentido no cabe hablar de los católicos australianos como de un grupo separado desde el punto de vista político. Lo cual, evidentemente, no significa que la religión no tuviese una importancia fundamental en el desarrollo de la sociedad y de la política de la Australia colonial, sobre todo en algunos campos, como el de la enseñanza.

«Organización política y alineamiento» es el título del capítulo sexto.

En él el autor estudia el papel desempeñado por las distintas Iglesias en el desarrollo de la lucha de clases y en algunas de las instituciones políticas más importantes de la Australia de la segunda mitad del siglo XIX.

Las Iglesias y los valores religiosos desempeñaron, para el autor, un importante papel en el desarrollo de la conciencia de clases.

La Iglesia anglicana puede decirse que permaneció ajena a los problemas de la clase trabajadora hasta la crisis de 1890. Cuando se vieron forzados a una toma de posesión, sus líderes tendieron a estar de parte del orden, la autoridad, la disciplina y los patronos.

Los presbiterianos predicaron más los valores de la economía, el trabajo, la templanza y la obediencia que un mensaje relevante para los pobres o de justicia social para los obreros.

En cuanto a las Iglesias minoritarias, la inmensa mayoría de su clero, con algunas excepciones, estuvo más del lado de los patronos que del de los obreros.

En el movimiento obrero la influencia protestante no vino de las Iglesias, sino de los líderes obreros formados en la ética protestante.

Durante la mayor parte del siglo XIX el mensaje social del clero católico fue similar al del protestante. Es decir, la defensa de la ley y el orden. La situación cambiaría en 1891, cuando el Arzobispo de Sydney animó a los líderes obreros católicos a buscar representación en el Parlamento, de acuerdo con la Encíclica *Rerum Novarum*.

Un problema para los líderes católicos fue que los principales ideólogos del movimiento obrero y del naciente Partido Laboralista eran socialistas, y la Encíclica *Rerum Novarum* condenaba el socialismo. De hecho, la identificación de los católicos

con la **derecho del movimiento obrero** data de 1905, fecha en la que el Arzobispo de Sydney adoptó la decisión de legitimar el movimiento desde el punto de vista eclesiástico. Este apoyo ayudó al movimiento obrero católico a encontrar el estilo pragmático que caracterizaría su participación en el Partido Laboralista, en el cual los políticos católicos ocuparon el ala derecha del mismo.

Las disputas confesionales de finales del siglo XIX se reflejaron en otras instituciones sociales y políticas básicas.

Así, la presencia católica en el Partido Laboralista contribuyó a suavizar la lucha de clases, que fue parte de la génesis del Partido y que modeló los Partidos anti-laboralistas.

Por último, hay que hacer notar que, en la discusión sobre el proyecto de Constitución federal de 1890, el movimiento obrero estuvo escasamente representado. El proyecto se debatió, casi exclusivamente, entre la élite política formada por una clase media protestante. Esto determinó, en buena medida, la forma de la Unión Federal de las Colonias, ya que los artífices de la Constitución eran casi todos imperialistas. Debido a esta circunstancia, la Constitución refleja una visión de Australia dependiente del Imperio y con un poder ejecutivo confiado constitucionalmente a la Corona. Esta visión era muy diferente de la República que deseaba la rama laboralista del nacionalismo australiano o de la que había inspirado confianza a las masas trabajadoras de ascendencia irlandesa.

El capítulo séptimo lleva como título «La consolidación de las Iglesias».

En él el autor estudia, en primer lugar, la implicación religiosa de la división producida en el seno del Partido Laboralista en 1916-1917 como consecuencia del tema de reclutamiento forzoso de los soldados australianos para luchar a favor de Gran Bretaña.

Los católicos del Partido Laboralista eran contrarios a este reclutamiento, mientras que los miembros protestantes del mismo Partido eran favorables al mismo. El carácter religioso de este enfrentamiento se acentuó cuando, al someterse por segunda vez a referéndum el tema del reclutamiento, el Arzobispo católico de Melbourne hizo campaña en favor del «no», que fue la postura que triunfó. Muchos protestantes partidarios del «sí» fueron expulsados o abandonaron el Partido. Debido a esto, la clase media protestante volvió a mirar a los católicos bajo la antigua óptica de deslealtad hacia el Imperio.

A continuación, el autor examina la militancia política de los católicos a principios del siglo XIX, que tuvo lugar por iniciativa de la jerarquía eclesiástica y que constituyó un fracaso político.

Esta militancia dio lugar a la creación, en Nueva Gales del Sur, de un partido político, el Partido Democrático, que participó en las elecciones de 1920. Su debut en la escena política fue un completo fracaso, ya que no pudo conseguir ni un solo escaño.

Esta participación política de los católicos provocó una violenta reacción protestante, sobre todo en Nueva Gales del Sur, donde el Gobierno de los años 1922 a 1925 puede decirse que no sólo fue de una militancia protestante, sino agresivamente anticatólico.

Durante este período el tema principal fue el temor protestante a la influencia de Roma. El problema se concretó en la cuestión de los matrimonios mixtos, sobre los cuales la Iglesia católica reclamaba su exclusiva competencia y en el hecho de la promulgación del Código de Derecho Canónico, interpretado por los protestantes como la sumisión de los católicos a un poder extranjero. En ambas cuestiones los líderes protestantes insistieron en que su Gobierno defendería el principio de la prioridad de la ley civil.

Este período vio, asimismo, el desarrollo de diversas organizaciones defensivas de los intereses protestantes en Australia había sido, desde mediados del siglo XIX,

la «Loyal Orange Lodge». Originariamente fue un movimiento que defendió la causa del Ulster protestante en Irlanda y que se convertiría en el bastión defensivo contra el catolicismo irlandés de Australia.

Un movimiento totalmente distinto fue el de las Logias Masónicas. En Australia, el movimiento masón perdió rápidamente el anticlericalismo de los modelos francés o italiano para convertirse en una sociedad promotora de los intereses de los miembros de la clase comercial, profesional y política. Por tanto, en Australia, fue un movimiento en favor de los protestantes, que eran los que constituían el «establishment».

También los católicos desarrollaron organizaciones de defensa, especialmente en el mundo de los negocios. La más importante fue la de los «Caballeros de la Cruz del Sur», que apareció en 1919. Ambas organizaciones, masones, que hacia 1920 había suplantado prácticamente a las Logias Orange y Caballeros, eran rivales en cuestiones de empleo y promoción, rivalidad que subsiste hoy día, sobre todo con relación a algunos servicios públicos.

A pesar de esta rivalidad existente entre católicos y protestantes en torno a los años de la Primera Guerra Mundial existía, sin embargo, un consenso respecto de la importancia como valor social. Consecuentemente, este no fue un período de predominio de los valores seculares. No obstante, junto a este predominio de los valores religiosos entre la clase política, había una gran masa de la población para la que la religión carecía de importancia. Esto explica el marcado declive de las rivalidades entre católicos y protestantes hacia mediados de los años veinte. Estos años supondrían un gran cambio en el sentido de vida australiano que se caracterizaría por el nacimiento de una cultura popular secular contraria a los valores religiosos de la élite cultural.

En el capítulo octavo, titulado «El ajuste a la crisis», el autor pasa revista, en primer lugar, a los movimientos autoritarios surgidos después de la Primera Guerra Mundial.

En este período surgieron en Australia diversas organizaciones, algunas de ellas cuasi-paramilitares, cuya finalidad era la defensa del orden, del Imperio y de la moral anglosajona-protestante contra comunistas, radicales y católicos. Entre estas organizaciones autoritarias y las Iglesias existían una comunidad de intereses evidente, ya que estas últimas se sentían amenazadas, al igual que el capitalismo, por el espectro de un comunismo ateo. En este sentido, existió una fuerte alineación de la Iglesia anglicana con la derecha autoritaria.

Hubo también un autoritarismo de izquierda representado por el Partido Comunista, que surgió en Australia a principios de siglo y que adoptó el estilo autoritario stalinista. Curiosamente hubo una escasa reacción contra él por parte de las Iglesias protestantes, aunque iba en contra del «establishment» conservador. Sólo por parte de la Iglesia católica hubo una actividad anticomunista organizada en el movimiento sindical.

Durante los años treinta existió también en Australia un antisemitismo, reflejo del existente en Europa en el mismo período. Sin embargo, comparado con el existente en otros países, el antisemitismo australiano fue muy moderado. Este antisemitismo fue apoyado tanto por ideólogos protestantes como por católicos.

En segundo lugar, el autor alude al tema de la crítica religiosa al capitalismo como consecuencia de los desastres económicos causados por la depresión de 1929.

La crítica tuvo lugar, sobre todo, por parte católica. Por parte protestante, la reacción fue mucho menor, ya que el capitalismo se consideraba como algo inseparablemente unido a la herencia cultural británica y todo ataque al mismo era considerado como un signo de deslealtad y de simpatía hacia la revolución comunista.

En tercer término, el autor pasa revista a las actividades de la Acción Católica. Es interesante hacer notar que, debido al impacto producido por el anticlerica-

lismo de la Segunda República en España por la guerra civil subsiguiente la misma, se vio claro en Australia que el problema al cual debía responder la Acción Católica era el comunismo. Pero cuando se comenzaba a elaborar su plan, Australia se vio envuelta en la Segunda Guerra Mundial.

Finalmente, el autor señala como, a diferencia de las divisiones sociales producidas con motivo de la Primera Guerra Mundial, cuando comenzó la guerra, tanto al Partido Laboralista como los católicos y protestantes aceptaron sin problemas la entrada de Australia en la contienda. Tan sólo los Testigos de Jehová se opusieron, lo cual motivó que el Gobierno de Commonwealth los declarase una organización pros-crita.

Desde 1920 hasta la mitad de los años cuarenta las Iglesias perdieron su papel central en la vida australiana. Esto tuvo la consecuencia beneficiosa de aminorar el conflicto entre las mismas. La guerra ayudó a promover el desarrollo de un movimiento ecuménico que creció rápidamente cuando la crisis nacional pasó. Durante la segunda mitad del siglo xx la política de las Iglesias, ahora unidas, fue la lucha por volver a ocupar su protagonismo social y político.

El capítulo noveno lleva por título «Contra la corriente». En él el autor examina, en primer término, los cambios producidos en la sociedad australiana en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Después de la guerra, en Australia emergió una nueva sociedad consumista que propugnaba el hedonismo y una liberalización de las costumbres, contrarios al puritanismo protestante previamente imperante. Frente a esta nueva sociedad, las Iglesias adoptaron una actitud de oposición que les hizo perder influencia en la misma.

A continuación, el autor pasa revista a algunos aspectos de la división todavía existente entre católicos y protestantes en la sociedad australiana. Entre los ejemplos de esta división cabe mencionar la separación entre católicos y protestantes en la enseñanza propugnada por la jerarquía católica; la actitud de la Iglesia católica ante los matrimonios mixtos y la división religiosa existente en el sistema de partidos políticos.

Por parte protestante, el viejo antagonismo iba perdiendo terreno. No obstante, en materia electoral hubo algunos intentos por parte de los líderes protestantes para volver a explotar un anticatolicismo trasnochado.

Especialmente interesante resulta el estudio de las organizaciones católicas dirigidas a contrarrestar la influencia comunista en el campo sindical. Entre estas organizaciones cabe destacar el «Movimiento Católico de Estudios Sociales», creado en 1942, como una organización laica con el apoyo del Arzobispo de Melbourne. Junto a esta iniciativa, el ala derecha del Partido Laboralista, mayoritariamente católico, decidió patrocinar a sus sindicatos para las elecciones sindicales a través de células conocidas como «Grupos Industriales».

La Iglesia católica apoyó intensamente estas organizaciones para que sus miembros lucharan contra los comunistas por el control de los sindicatos más importantes. Y, de hecho, se consiguieron algunos éxitos significativos.

Finalmente, el autor examina en este capítulo la ayuda económica estatal a las escuelas confesionales. Este tema volvió a plantearse en los años cincuenta. En 1963, el Partido Liberal, tras una serie de huelgas en la enseñanza y después de una incisiva campaña de los líderes católicos, propuso en su programa electoral federal la ayuda económica a las escuelas confesionales con el propósito de arrebatarse votos al Partido Laboralista, contrario a dicha ayuda.

Esta iniciativa fue secundada por los Gobiernos de los Estados miembros, de suerte que en 1972 el *statu quo* que duraba ochenta años había cambiado por completo.

La campaña de 1960-1970, para la ayuda económica estatal a la enseñanza pri-

vada, marcó el inicio de una cooperación entre protestantes y católicos. Por otra parte, esta campaña fue el final de una política característicamente católica y dio paso a una coalición cristiana socialmente conservadora que supuso un fuerte desafío a las tendencias liberalizadoras de la moderna sociedad australiana.

En el capítulo décimo, titulado «Temas religiosos en la Australia contemporánea», se examinan una serie de temas polémicos de las relaciones Iglesia y Estado.

En primer lugar, se alude a la política del Gobierno respecto de los aborígenes. En este sentido puede decirse que la política actual de la Commonwealth es la de impulsar la integración en vez de la asimilación de los aborígenes. Ello implica el reconocimiento de la cultura aborígen, incluida la religión, así como la extensión a estas personas de los derechos civiles que goza la comunidad blanca.

Las Iglesias cristianas han aceptado estos cambios e, incluso, han apoyado las reclamaciones aborígenes sobre la propiedad de las tierras.

A continuación, el autor examina las tensiones producidas en el seno de las Iglesias con motivo de determinadas cuestiones especialmente polémicas, como el reclutamiento forzoso para la guerra de Vietnam en 1964, la política racista de Sudáfrica, el movimiento de liberalización femenina, etc.

Aunque han existido por parte eclesíástica apoyos hacia estas cuestiones, sin embargo, no pueden considerarse como representativos de la opinión de las Iglesias en Australia, las cuales, a juicio del autor, son mayoritariamente conservadoras.

En tercer lugar, el autor estudia el movimiento conocido como la «mayoría silenciosa» que, durante los años 60 a 70, supuso una reacción contra la política liberalizadora y que propugnaba la restauración de los valores tradicionales de la sociedad, entre ellos la religión.

Una de las organizaciones conservadoras más importantes, unas de signo católico y otras protestantes, fue la denominada «Festival de la Luz» (1973), cuya finalidad era lograr la derogación de la denominada «legislación permisiva». Esta organización creó un partido político, «Family Action Movement», que tuvo algún éxito político en Nueva Gales del Sur.

Las fuerzas religiosas conservadoras han obtenido algunos éxitos políticos desde mediados de los años 70. Sin embargo, a juicio del autor, esto no se debe a que la sociedad australiana sea especialmente religiosa, sino a que las Iglesias disponen de poderosos medios de comunicación y despliegan una intensa actividad de propaganda.

Por otra parte, los líderes políticos son reacios a enfrentarse con las Iglesias, salvo que lo juzguen absolutamente necesario.

Sin duda, la parte más interesante de este capítulo es la dedicada al estudio de la libertad religiosa.

Como pone de manifiesto el autor, en el Derecho australiano gran parte de la tutela de los derechos fundamentales es competencia de los Estados miembros. Estos derechos se protegen a través de la «Common Law». De hecho, la Constitución australiana solamente ofrece una tenue protección respecto de la libertad religiosa. Ciertamente prohíbe al Gobierno de la Commonwealth la discriminación religiosa, pero no impide que los Gobiernos de los Estados miembros puedan discriminar por esta causa. Así, por ejemplo, los Estados miembros pueden reconocer una religión o prohibirla si lo tienen a bien. Lógicamente se presume que no habrán de hacerlo, pero no hay ningún precepto en la Constitución australiana o en la mayoría de los Estados miembros que se lo impida. La Constitución australiana, por otra parte, no garantiza una separación entre la Iglesia y el Estado ni tampoco la libertad de creencias o la libertad religiosa. La garantía de estas libertades es competencia de los Estados miembros. Tan sólo, a partir de 1980, debido a la interpretación hecha por el Tribunal Supremo, según la cual la Commonwealth tiene competencia para suscribir tratados internacionales incluso en materias reservadas formalmente a los Estados miembros,

puede decirse que la Commonwealth es competente para promulgar leyes generales sobre la discriminación religiosa.

Por otro lado, aun cuando la tendencia es la protección de la libertad religiosa y la prohibición de la discriminación en esta materia, lo mismo es que las Iglesias mayoritarias han actuado en Australia como un freno a dicha tendencia.

Así, cuando en 1972 el Gobierno laborista intentó que se discutiese en el Parlamento un «Bill of Rights», el proyecto fue duramente criticado por los portavoces de la Iglesia anglicana y de la católica porque entendían que no mantenía el papel central de la familia y que amenazaba la libertad de practicar la religión.

Cuando los laboristas trataron de nuevo, en 1983, que se discutiese un «Bill of Rights», el proyecto provocó una reacción tan hostil por parte de las Iglesias y del elemento conservador que tuvo que ser retirado.

La razón de esta actitud hostil de las Iglesias mayoritarias se debe, para el autor, a que una ley que protegiese la libertad religiosa y prohibiese la discriminación en esta materia tendría que fijar el contenido y los límites de dicha libertad y definir como discriminatorias actuaciones que integran la práctica tradicional de las Iglesias, sobre todo en materia de empleo.

De hecho, la Ley contra la Discriminación de 1977, de Nueva Gales del Sur, exime expresamente a las Iglesias de sus disposiciones. Así, pues, las entidades eclesásticas pueden establecer discriminaciones en las relaciones laborales si son necesarias para evitar una afrenta a la susceptibilidad religiosa de los miembros de las mismas.

La conclusión del autor, en el tema que estamos examinando, es pesimista. Para él, las Iglesias mayoritarias desean que se protejan sus derechos y privilegios, pero no quieren una legislación que extienda los mismos a los demás. Asimismo, pretenden que nada pueda ejercitar una discriminación contra ellas o sus instituciones, pero, al mismo tiempo, quieren tener libertad para discriminar a los demás.

El capítulo undécimo se titula «El hilo confesional» y está dedicado a fijar las conclusiones del trabajo que estamos examinando.

Puede decirse que la religión siempre ha sido un tema central en la vida de Australia, ya que muchas de sus instituciones y tradiciones más importantes han sido moldeadas por fuerzas que han adoptado formas religiosas o antirreligiosas.

Es perfectamente válido discutir sobre la importancia de un aspecto en la historia de la sociedad. Separar un hilo del tapiz social y examinar su fuerza, color y función dentro del conjunto. La religión es este hilo dentro de la historia de Australia.

En numerosas ocasiones de la historia de Australia la religión sólo ha tenido una importancia secundaria. Pero, por otra parte, hay una serie de aspectos de la vida de Australia en los que la religión ocupa una posición central. Y estos aspectos contribuyen, como señala el autor, el núcleo de la sociedad australiana: la familia, la moral sexual, el sistema escolar, los límites de la tolerancia social y la estructura del juego político. Si al describir estos aspectos no se tiene en cuenta la religión, nunca podrá ofrecerse un adecuado retrato de Australia.

El libro se completa con una bibliografía sumaria por capítulos y con un cuidado índice de materias.

En resumen, creo que debemos agradecer al profesor Hogan este libro, que resulta sumamente útil para una primera aproximación al estudio de las relaciones Iglesia-Estado en un país tan distante del nuestro, no sólo geográfica, sino culturalmente.

ISIDORO MARTÍN SÁNCHEZ.